

LA TERCERA EDAD: presencia social indiscutible, imagen que exige reflexión y cambio

Gabriela Mier Martínez

CENTRO DE COOPERACIÓN REGIONAL PARA LA EDUCACIÓN DE ADULTOS EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CREFAL)/PATZUARO, MÉXICO
gmier@crefal.edu.mx



Introducción

En la actualidad no existe acuerdo acerca de cómo nombrar al sujeto que envejece. Para abordar el tema utilizaremos el término “tercera edad”, sin embargo, es necesario precisar a qué nos estamos refiriendo, ya que frecuentemente se utilizan distintos términos para referirse a este grupo de población, como por ejemplo: “adultos mayores”, “personas en plenitud”, “ancianos”, “viejos”, “abuelos”, entre otros. Los términos “tercera edad”, “adultos mayores” y “personas en plenitud” son utilizados generalmente por las institu-

ciones para referirse a las personas de 60 años y más; social y culturalmente hablando, sin embargo, el uso de adjetivos como por ejemplo “viejo” tiende más hacia la calificación y suele resultar ofensivo para algunos, ya que se relaciona con aquello que está en desuso, que es inservible, que hay que tirar, es decir, tiene una carga subjetiva que puede resultar negativa. Así mismo, el hecho de llamarlos “abuelos” resulta inapropiado para quienes sólo por la edad son catalogados como tales, ya que otorga un estatus en función de la

familia y la descendencia y por lo tanto no se aplica a todas las personas.

Cronológicamente hablando se han caracterizado tres grupos de población a partir de los 45 años: madurez avanzada (entre los 45 y los 60 años); senectud (entre los 60 y los 75); y senilidad (más de 75 años). Cabe aclarar, sin embargo, que no podemos basarnos sólo en la edad cronológica para contextualizar y caracterizar esta etapa de la vida. Existen infinidad de teorías sobre el envejecimiento que tienden a privilegiar alguno de los aspectos relacionados con dicho proceso: social, cultural, psicológico, biológico, ambiental y cronológico; desde nuestro punto de vista, podemos resumir que la vejez es un proceso individual que se desarrolla de acuerdo con las condiciones en las que la persona vive.

En la cultura occidental moderna, algo fundamental que hay que tomar en cuenta es la "carga social" que se le ha dado a la vejez, la cual tiene sus raíces en cómo se percibe a este grupo etario, ya que en nuestra cultura generalmente se piensa en la tercera edad como el último ciclo o etapa de la vida, relacionándolo con algo superfluo, sobrante, como una etapa de baja o nula productividad, y en muchos casos sólo en espera de la muerte.

Para explicar el cambio poblacional a través del tiempo recurriremos a la cuestión de la transición demográfica, que sostiene que tanto la fecundidad como la mortalidad de una población han ido disminuyendo de altos a bajos niveles como resultado del desarrollo económico y social. Y dado que el descenso de la mortalidad normalmente precede al descenso de la fecundidad, se produce un período de transición en el cual se da un crecimiento elevado de la población.

En la investigación demográfica del envejecimiento humano se pone en evidencia que la respuesta de la sociedad no ha sido oportuna ni adecuada, debido principalmente a que no se consideró el aumento de este grupo poblacional y por consiguiente no se han desarrollado a tiempo estrategias para su integración social activa ni se han tomado las medidas necesarias para su atención.

Es importante considerar que las repercusiones del aumento de la población de la tercera edad, y de nuestras percep-

ciones sobre lo que significa ser viejo, afectan no sólo al grupo etario en cuestión, sino a toda la sociedad y a cada persona en particular.

Este trabajo tiene la intención de ofrecer un panorama general sobre la situación social actual que viven los adultos de la tercera edad de la región latinoamericana y dar a conocer algunos elementos conceptuales y contextuales que nos permitan tener una nueva y más positiva forma de percibir esta etapa de la vida. Con ello se busca plantear una base que derive en una justa inserción de los adultos mayores dentro del contexto social y familiar; que quienes tienen a su cargo la elaboración de políticas económicas, sociales y educativas diseñen y fortalezcan programas de intervención adecuados, no sólo para este grupo de edad, sino para la población en general, en términos de aprender a envejecer de una manera positiva y digna.

La tercera edad

El término "tercera edad" surgió en Francia en el año 1950, acuñado por J.A. Huet, quien fuera uno de los iniciadores de la gerontología en ese país. Resulta interesante observar que el término original no se refería a una edad determinada sino que se aplicaba al sector de población que estaba jubilado o pensionado, que se consideraba de baja productividad y bajo consumo o poca o nula actividad laboral; más tarde el concepto se precisó, construyéndose a una situación laboral y a una edad determinadas, y refiriéndose así solamente a pensionados y jubilados de 60 años y más. Esta definición ha tenido una fuerte influencia sobre lo que significa alcanzar la sexta década, colocando a este grupo poblacional como sujetos pasivos, como una carga económica y social.

Sin embargo, debido al creciente aumento de la población en edad avanzada que continúa con una vida activa independientemente de su edad y de la jubilación, se está tendiendo hacia una mirada más positiva y realista sobre lo que representa el envejecimiento.

Los periodos o etapas de la vida por los que atravesamos los seres humanos de manera natural se clasifican en general en





infancia, adolescencia, juventud, adultez, senectud o vejez, y senilidad o alta ancianidad. Al respecto hay distintas posturas. Según Norma Tamer “la división de la vida en fases o etapas es un tema discutible si se concibe la existencia del hombre como un *continuum*, un transcurrir sin cortes artificiales”.

De acuerdo con especialistas en el tema, en la actualidad son utilizadas distintas definiciones sobre este concepto genérico de edad:

Edad cronológica

Se relaciona con el número de años cumplidos.

Edad biológica

La edad biológica se acompaña de elementos que miden la capacidad funcional de los sistemas vitales cuya situación limita o prolonga el ciclo de vida. Esto conduce a la predicción de si la persona es más joven o más vieja que otras de su misma edad cronológica, y por lo mismo, si la persona tiene una expectativa de vida más larga o más corta que las que son tomadas como edad promedio para una generación.

Edad psicológica

Se relaciona con la capacidad de adaptación que una persona manifiesta ante las distintas situaciones que la vida le depara, es decir, por la facilidad que la persona manifiesta para adaptarse a las demandas cambiantes del medio ambiente en comparación con el término medio.

Edad funcional

Se relaciona con la capacidad que la persona manifiesta para adaptarse a los distintos cambios estructurales, como los históricos, que cada sociedad demanda de la persona.

Edad social

Se refiere a los roles y hábitos sociales que la persona es capaz de asumir en relación con el término medio de su contexto, con los que desempeñan otros miembros de su grupo social, y los que pudiera asumir de éstos en un momento dado.

Sin embargo, y pese a este tipo de diferenciaciones del concepto edad, las distintas edades señaladas, así como la conducta de cada persona, están estrechamente relacionadas con la cultura, las características individuales de la persona y las normas y valores sociales.

Siguiendo la definición de edad cronológica, cuando una persona cumple 60 años se le considera dentro del sector poblacional llamado “tercera edad”. En realidad no existe una definición sobre una primera y una segunda edad como tal, más bien es posible que se haya dado este término debido al eufemismo “tercera juventud”, usado para referirse a las personas en edad avanzada.

Con respecto al cambio de roles, en 1967 Irving Rosow elaboró la teoría de roles aplicada a los adultos de la tercera edad, en la cual plantea que a lo largo de toda la vida se desempeñan un gran número de roles sociales que influyen en el autoconcepto y autoestima personal, además de que los roles sociales se van desarrollando acordes a una secuencia cronológicamente pautada; es decir que con la edad van cambiando no sólo los papeles que se le asignan a las personas, sino también la forma en que se espera que éstos sean cumplidos. Esto significa que la adaptación de una persona a su proceso de envejecimiento depende en

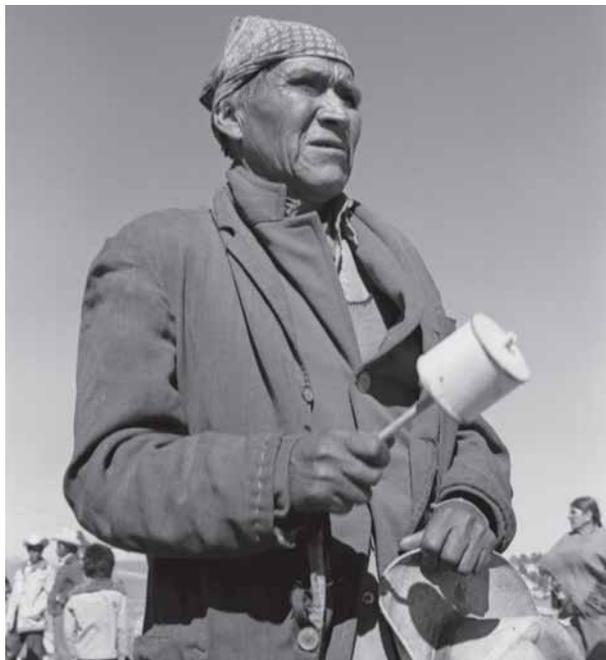
gran medida de cómo se hace responsable de los cambios correspondientes en los roles que las creencias sociales le van asignando según su edad y de la forma en que cumple las expectativas asociadas al rol. En este sentido, envejecer es asumir los roles correspondientes a la respectiva edad.

Dice Marcelo Pina Morán, gerontólogo por la Universidad de Barcelona, que la vejez es un hecho biológico y a la vez una construcción social; que la ancianidad es un concepto básicamente cultural. Esto quiere decir que cada cultura tiene su propia concepción sobre lo que representa y significa envejecer o ser “viejo” de acuerdo a la cosmovisión imperante.

Como un ejemplo de ello, en diversos pueblos indígenas americanos un anciano es el individuo que sobrevive cuando ya han muerto la mayoría de los miembros de su grupo de edad (lo cual tiene que ver con sus relaciones sociales); en la cultura occidental es considerada anciana la persona que está jubilada (lo que tiene que ver con la legislación laboral, ya que el trabajo es el factor central en la vida de los occidentales); mientras que en algunas sociedades africanas, el anciano es el individuo que por razones de edad ha perdido algunos dientes y tiene dificultad para masticar (Fericgla, 1999).

En nuestra cultura occidental, y de acuerdo con algunos estudios sobre el tema, la tercera edad debe





ser considerada como un periodo de adaptación y socialización más, con sus características peculiares y diferenciales que exigen análisis y estrategias de intervención y tratamiento diferenciales, al igual que lo demandan otros momentos de la vida, como la adolescencia.

Pese a los avances sobre cómo visualizan esta etapa de la vida, quienes se avocan al estudio de este tema en particular, considero que en nuestra cultura aún existe una percepción negativa con respecto a este cada vez más numeroso grupo etario, cargada de prejuicios, como el pensar que por su edad son incapaces de continuar con una vida creativa, activa, productiva, y propiciando en ellos una actitud de pasividad y contemplación. Esta percepción origina en muchos casos exclusión social, sobre todo en el sector laboral, y en ocasiones el rechazo de la propia familia, manteniéndolos al margen y tomando decisiones por ellos.

Actualmente, y como resultado de la transición demográfica, en las dos últimas décadas la población de América Latina ha tenido un proceso de envejecimiento importante, lo cual ha derivado en un mayor desafío sobre la toma de decisiones orientadas a dar acceso a los servicios de salud, así como a ampliar la cobertura de prestaciones que brinda la protección social del Estado.

Según Rubén Suárez y Claudia Pescetto en su estudio sobre Sistemas de Protección Social para

el Adulto Mayor en América Latina y el Caribe, en la actualidad la mayoría de los sistemas de seguridad social de la región funcionan a través de mecanismos de reparto, cuyo financiamiento proviene de las contribuciones que realizan los empleados y, en algunos países, de los empleadores y el gobierno. En este caso las pensiones otorgadas se definen de acuerdo con la remuneración a la edad de la jubilación o retiro y el período de tiempo durante el cual el empleado contribuyó financieramente. Según estos autores sólo en Argentina y Canadá se lleva a cabo un sistema de seguridad social universal con programas que garantizan una pensión mínima a toda la población, o a la mayoría. En Ecuador, por ejemplo, además de las pensiones basadas en el reparto, se otorga una pensión mínima a las personas cuyos ingresos o contribuciones sean insuficientes para poder ingresar al programa de pensiones.

Contexto demográfico

Mucho se ha hablado de los cambios demográficos que experimenta la población a nivel mundial, y pocas han sido las medidas tomadas para resolver los problemas que la sociedad habrá de enfrentar como consecuencia de dichos cambios.

Este proceso de envejecimiento es especialmente notable en los países más desarrollados, pero también se observa actualmente en países de América Latina. Sin embargo, existe gran diversidad en la evolución de los indicadores de este proceso en los diferentes países de la región latinoamericana. Por ejemplo, en 1950 sólo Argentina, Cuba, Chile y Uruguay mostraban un incipiente proceso de envejecimiento, que se hizo más evidente en 1970 y que continúa con una clara tendencia a aumentar.

A nivel mundial la población mayor de 60 años ha venido experimentando un aumento más evidente en las últimas décadas y se espera un incremento todavía mayor: este sector aumentó de 486.9 millones en 1990, a 613.6 millones en el año 2000 y se incrementará a 1,207.6 millones en el 2025; mientras que en 1990 representaban 9.2% de la población mundial, para el año 2025 este porcentaje se elevará hasta 14.2%.

Según datos del Centro de Estudios de Población de la Universidad Autónoma de Hidalgo, México, la población de 60 años y más crecerá a mayores tasas que la población total y a partir de 2010 cada vez con mayor intensidad. En América Latina, la población de la tercera edad pasó de 32.2 millones de personas en 1990 a 42.5 millones en 2000 y pasará a 96.9 millones en 2025, aumentando su importancia relativa de 7.2% en el primer año, a 7.9% en el segundo y a 12.8% en el tercero.

Por otro lado, la tendencia demográfica no solamente muestra que la población se hace cada vez más vieja, sino que las personas de la tercera edad están tendiendo a vivir más tiempo debido a los avances en las ciencias médicas, a las mejoras higiénicas, a mayor información sobre nutrición, etc.

De acuerdo con Paulina Osorio, el mundo del envejecimiento es y será principalmente femenino en términos de longevidad y mayores esperanzas de vida, es decir, en término medio las mujeres viven más años. Comenta que la feminización del envejecimiento se refleja también en el hecho de que los cuidados durante la vejez recaen en mujeres siendo ellas, dentro de la estructura familiar, las principales cuidadoras; así mismo, dentro de ese segmento de edad las mujeres son las más pobres.

Con relación a la esperanza de vida, en América Latina a mediados del siglo pasado un niño o una niña al nacer apenas podían esperar alcanzar los 51 años y para el año 2025 se estima que la expectativa de vida media se sitúe en los 71 años. Sin embargo, no basta con alargar la expectativa de vida, sino primordialmente considerar la calidad de vida de las personas al llegar a edades avanzadas, en términos de salud y de bienestar social y emocional.

No cabe duda que las tendencias demográficas que hemos anotado tendrán un impacto considerable en los aspectos socioeconómicos y de la organización social. En lo que toca al ámbito social, por ejemplo, se traducirán en el aumento de un grupo de edad que es considerado como improductivo y que se le asocia con enfermedad. Esto podría reflejarse en la incapacidad de las instituciones de solventar los gastos de pensiones por jubilación, la demanda de servicios médicos, asistenciales y de empleo.

Sin embargo, a pesar de que las cifras son contundentes, en países como México no se ha considerado responsablemente el incremento absoluto y relativo de la población mayor de 60 años que ya está en puertas, y que implica un aumento paulatino de demandas laborales, educativas, recreativas y de salud específicas.

Políticas sociales y prevención

No obstante su importancia, el tema de la vejez y sus implicaciones en las políticas sociales ha sido poco analizado dentro de las ciencias sociales, lo cual nos debe preocupar si consideramos que próximamente la problemática será mayor. Aún más grave resulta el hecho de que las instituciones gubernamentales, y los organismos no gubernamentales en general, no han puesto la debida atención a este fenómeno social, ya que no existen en la actualidad ni políticas claras y efectivas de atención, ni se han reestructurado los sistemas de seguridad social, ya que ellos son y serán los directamente impactados por este creciente aumento de la población en edad avanzada.

Al respecto cabe señalar que en general la atención que se presta a este grupo de población está referida particularmente a los aspectos de salud y asistencia social, descuidando la promoción de oportunidades laborales, educativas, recreacionales, artísticas, científico-técnicas y culturales, ya que frecuente, y erróneamente, se piensa que las personas de la tercera edad son incapaces de aprender y de poner en práctica viejos y nuevos conocimientos. Son precisamente estas políticas asistencialistas las que limitan la posibilidad de mirarlos y de mirarse a ellos mismos como sujetos con capacidad para participar en actividades productivas y en espacios de formación encaminados a mejorar su calidad de vida.

Esta imagen deficitaria que se tiene con respecto a las personas de la tercera edad ha influido para que la protección que brinda el Estado conlleve discriminación, ya que son reducidos a sujetos pasivos que permanecen a la expectativa de los beneficios que éste les brinde, invalidándose socialmente. Desde el punto de vista de quien es-



cribe estas líneas, si se considerara, reconociera y potenciara su participación activa, cambiando la percepción que de ellos se tiene, el presupuesto destinado a la protección social podría incluso reducirse considerablemente.

Educación y tercera edad

La educación y el conocimiento son reconocidos como aspectos fundamentales para el crecimiento y desarrollo de un país y para el desarrollo de la persona. En los umbrales del siglo XXI se hablaba de una “educación sin exclusiones”, pero a pesar de que existen infinidad de reformas educativas financiadas por organismos internacionales, éstas dan mayor importancia a la educación básica de niñas y niños, pasando a un segundo lugar la educación de jóvenes y adultos, dentro de la cual están incluidos los adultos de la tercera edad. Esto nos lleva a pensar que no se reconoce, y por lo tanto no se traduce en políticas públicas y en asignación de presupuestos, la importancia de una educación centrada en los sujetos a lo largo de toda la vida, sin distinción no sólo de género, económica, religiosa y étnica, sino también etaria.

Al respecto cabe mencionar que la educación juega un papel fundamental en la implementación de políticas de prevención, entendiéndose por ello la posibilidad de aprender a envejecer sanamente y con dignidad. Además, es a través de la educación que se puede concientizar a la población en general para generar una cultura de reconocimiento y respeto a la población mayor que promueva y potencie su participación social.

Dentro del sector poblacional de la tercera edad existen tres grandes subgrupos, que Norma Tamer agrupa de la siguiente manera:

1. El de las personas sanas o competentes, que pueden continuar su vida de manera autónoma, independiente y participativa.
2. El de las personas enfermas con algún grado de deterioro en ciertos aspectos bien delimitados.
3. El de las personas imposibilitadas física, psíquica y/o socialmente.

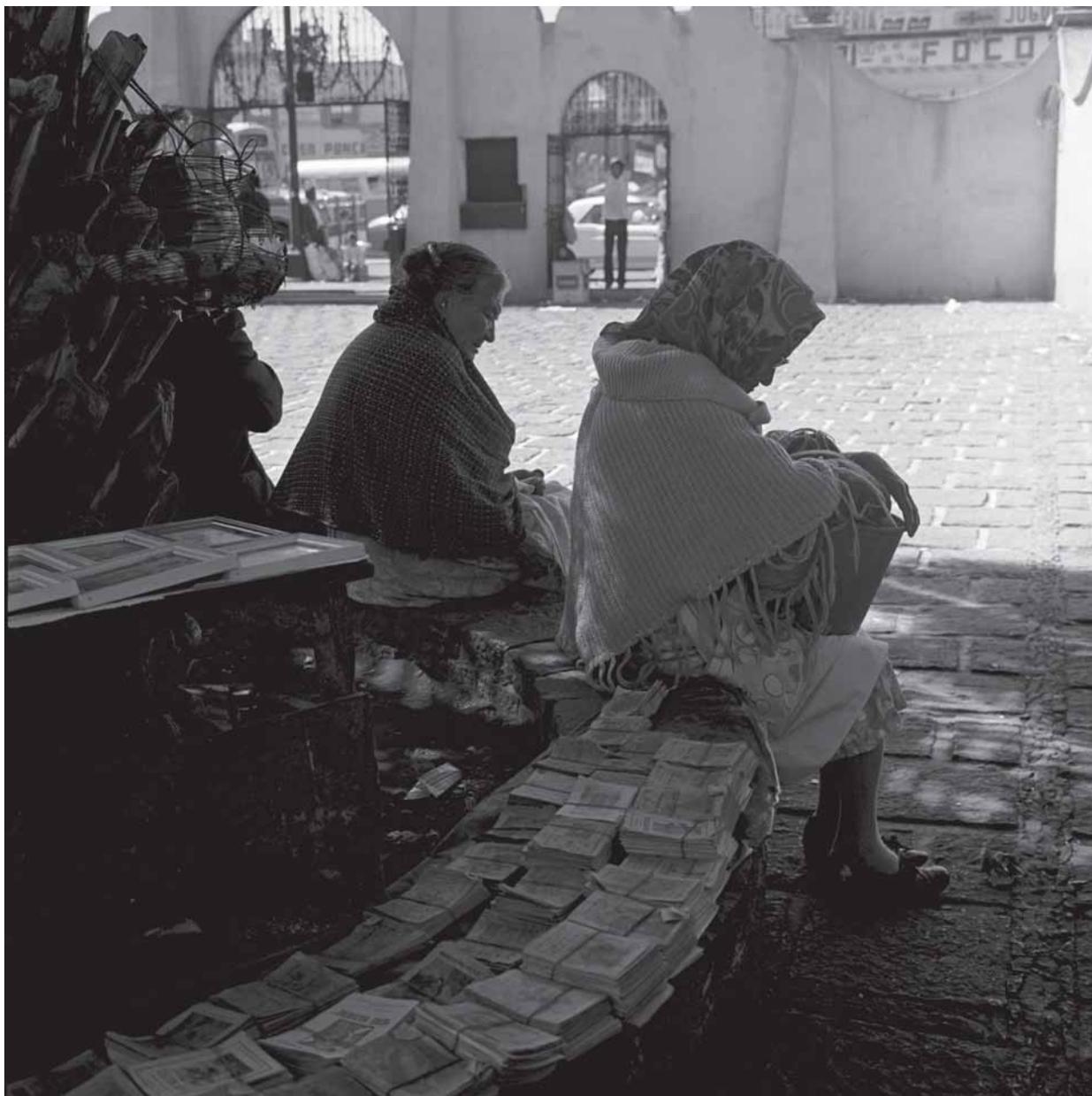


CLAIDOP FURNIER. Cortesía del Museo de la Caricatura, Sociedad Mexicana de Caricaturistas.

Considerando que el primer subgrupo comprende un porcentaje importante de personas, que además va en aumento, se justifica y se hace indispensable promover acciones educativas en la vejez sana y normal, difundiendo en espacios educativos información significativa sobre el proceso de envejecimiento humano, salud y envejecimiento, conceptos y definiciones, teorías y enfoques, mismos que pueden orientar hacia un mejor entendimiento sobre este proceso natural y de esta forma aprender a envejecer dignamente, a vivir plenamente cada momento de la vida y a lo largo de nuestra existencia.

Algunos estudios sobre la capacidad de aprendizaje con relación a la edad demuestran que en el caso de las personas menores de 75 años no se puede hablar de un deterioro significativo de dicha habilidad. Las personas de la tercera edad estudian y aprenden igual que las personas jóvenes, en todo caso la verdadera dificultad radica en las estrategias utilizadas, condicionadas por los conocimientos adquiridos con anterioridad y por sus habilidades para estructurar y analizar la información en relación con sus experiencias pasadas.

Actualmente existen algunos esfuerzos por reconocer la necesidad de dar continuidad al desarrollo pleno del ser humano a lo largo de toda la vida. Sin embargo, considero que no hay un acuerdo sobre cómo ofrecer, desde una perspectiva educativa, una atención de calidad, desde la infancia hasta la vejez, que provea de elementos a la sociedad en su conjunto para enfrentar de manera na-



tural y positiva el proceso de un envejecimiento activo. Esta atención de calidad tendría que ver más con la intención y la capacidad para ofrecer nuevos conocimientos sobre esta etapa de la vida, desde un enfoque multi e interdisciplinario, y partiendo de una postura pedagógica que reconoce al sujeto como una unidad bio-psico-social.

El diseño de programas educativos específicos dirigidos a las personas de la tercera edad deben considerar sus intereses, necesidades y características propias, así como tomar en cuenta que es un periodo en el cual se viven muchos cambios, como la pérdida de seres queridos, la pérdida de un rol

económicamente activo por la jubilación, cambios físicos, discriminación incluso por parte de familiares y otras situaciones personales que influyen en el estado de ánimo y de salud de las personas mayores. Asimismo, deben tomar en cuenta que muchas veces ellas mismas se visualizan como incapaces de seguir participando en el desarrollo de la sociedad, sintiéndose en ocasiones como una carga para sus familias y sin un sentido en la vida.

De acuerdo con Tamer, el tema integrador en la vejez es justamente esta búsqueda de sentido, y por ello las tareas a desarrollar consisten, entre otras, en la aceptación de lo vivido y la reorienta-

ción hacia nuevos roles y actividades. Para ello los programas educativos deben estar basados en una concepción realista del envejecimiento buscando alternativas de intervención que favorezcan la formación de la persona en lo individual, socialmente activa, sana y creativa; evitando la generalización.

La búsqueda de sentido en esta etapa de la vida tiene que ver con el reconocerse y aceptarse como sujetos con un pasado, un presente y un futuro, comprendiendo los cambios naturales que como seres humanos pasamos y atravesamos, cultivando el ánimo a través de la reflexión sobre el sentido de nuestras acciones, entendiendo que, independientemente de la edad, siempre se está en potencia de dar, con la posibilidad de trascender en la vida.

Se requiere, por tanto, de una propuesta pedagógica basada en el conocimiento profundo de este grupo, que reconozca que al menos 75% de la población de 60 años y más es sana, activa y productiva. Esta educación para el envejecimiento debe apoyar y acompañar hacia la concreción de un proyecto de vida, sin establecer modelos u objetivos únicos a alcanzar mediante un método general, sino a través de ir descubriendo el sentido personal.

Ante la demanda de servicios educativos para personas mayores, en los últimos años han surgido ofertas pensadas y dirigidas específicamente a este sector, mismas que Tamer clasifica de la siguiente manera:

Programas culturales

Generalmente incluyen actividades que se organizan sobre la base de la descripción, análisis, interpretación y reflexión de estilos de vida, valores, educación, política, economía, usos y costumbres del ser humano a través del tiempo. También pueden centrarse en las producciones y creaciones del ser humano. Pueden ser sistemáticos o no y generalmente se presentan como alternativas no formales, por lo que el estilo de la comunicación es abierto y libre.

Programas recreativos

Tienen como propósito ocupar el tiempo libre y su objetivo es el esparcimiento. Sus actividades se centran en fomentar los contactos sociales y la relación con la naturaleza (viajes, paseos, reunio-

nes sociales, prácticas deportivas, expresión corporal y otras, según las inquietudes e intereses de los grupos). Su organización es informal, con un ordenamiento sobre la base de objetivos, actividades y horarios acordados por el grupo.

Programas educativos

Tienden intencionada y explícitamente a la formación de la persona. El carácter de educativo le da esa intencionalidad, tanto teórica como práctica, sabida y compartida por los participantes, de generar nuevos aprendizajes o modificar los que se poseen, tanto en aprendizajes cognoscitivos como en habilidades y actitudes. Su organización es sistemática en cuanto a que se especifican objetivos y contenidos, que se llevan a cabo mediante las modalidades formal o no formal, y aunque no exigen como prerrequisito de ingreso un nivel mínimo de escolaridad, sí requiere de evaluación permanente aunque puedan o no tener acreditación académica.

También existen diversas ideas y esfuerzos de personas, instituciones y gobiernos por ofrecer alternativas educativas que tienden a mejorar la calidad de vida de las personas de la tercera edad, potenciando sus capacidades para desenvolverse activamente. Como un ejemplo de ello podemos mencionar la creación de las Universidades de la Tercera Edad o Universidades de Adultos Mayores en algunos países de América Latina y Europa.

La primera universidad para la tercera edad fue creada en Toulouse, Francia, en 1973, por el profesor Pierre Vellas. Sus objetivos:

- Abrir la universidad a los retirados y facilitarles el acceso a la herencia cultural de la humanidad.
- Contribuir a la prevención del declinar psicosociológico.
- Contribuir a la investigación científica de la vejez.
- Formar a la población mayor para la participación comunitaria.
- Aportar a un nuevo arte de vivir la tercera edad.

Estas universidades se han expandido no sólo por Europa, sino también en algunos países de América Latina: Uruguay, Paraguay, Brasil, Bolivia, México, Cuba, Perú y Venezuela, entre otros.

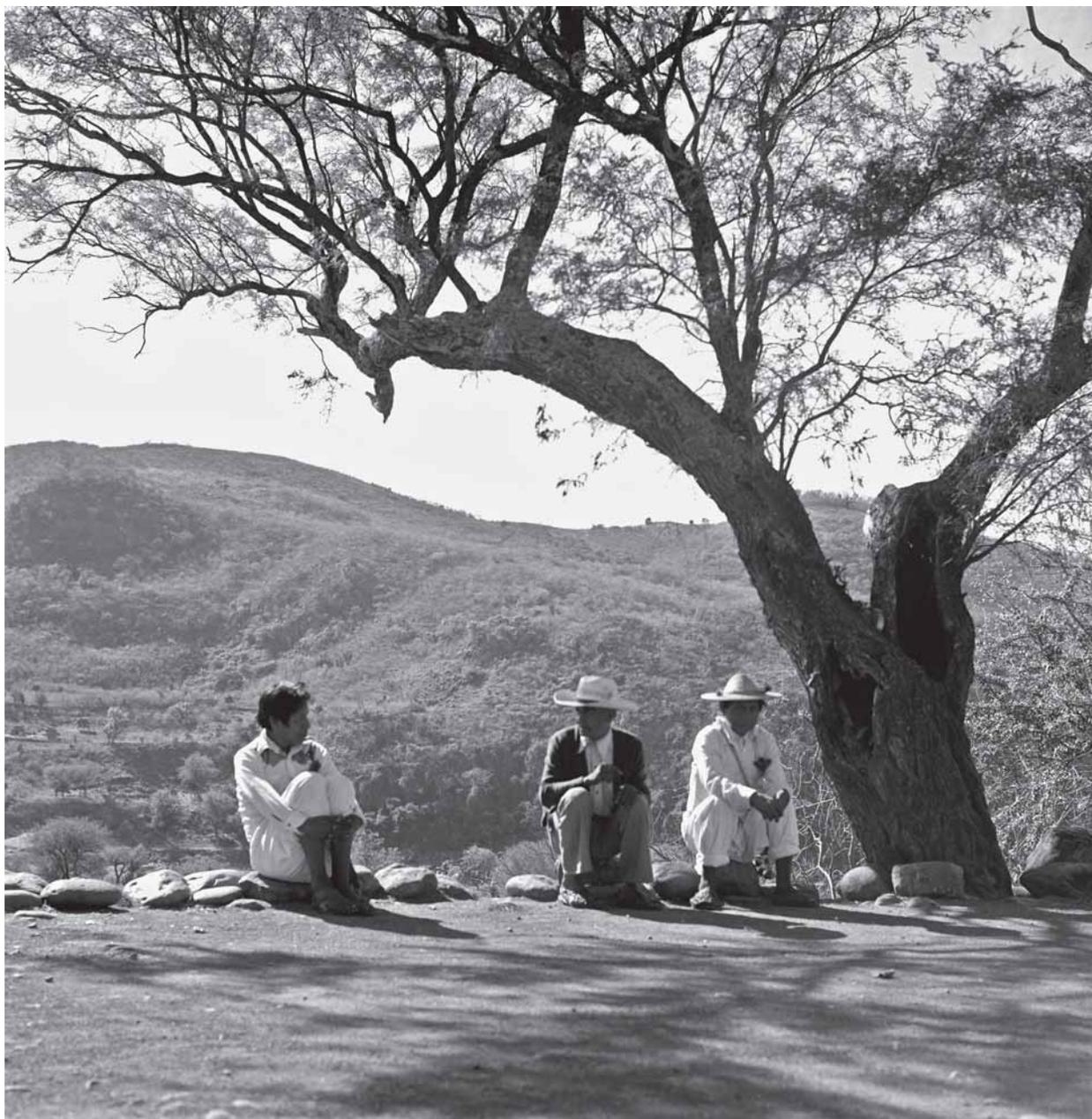


Sin embargo, ¿podemos considerar la creación de estas universidades y aulas como alternativas educativas válidas para el desarrollo y bienestar de las personas de la tercera edad, y sobre todo, para comprender justamente el proceso de envejecimiento? Sin duda son esfuerzos importantes que por lo menos nos obligan a voltear nuestra mirada hacia ellos, y hacia nosotros mismos, para hacer más consciente nuestra realidad y la que nos rodea, para repensarnos como sujetos con derecho a continuar por el transcurso de nuestra vida de una forma plena, digna, activa, respetuosa, y para que de alguna manera se refuercen y orienten nues-

tros intentos por ser una sociedad donde no existan prejuicios contra las personas de la tercera edad y se envejezca con dignidad. No obstante lo anterior, considero que no basta sólo con abrir espacios educativos para las personas de la tercera edad; se requiere de un mayor esfuerzo por parte de todos los sectores de la sociedad para involucrar a toda la población en el proceso de envejecimiento.

El presente artículo es también una invitación al encuentro de saberes, intenciones, acciones, razones y voluntades, para continuar abriendo espacios que permitan formar, reformar y transformar nuestras tareas fundamentales en nuestro compro-





miso con la vida, considerando que ocuparnos del futuro es justamente ocuparnos del resto de nuestros días.

Conclusiones

La atención educativa de las personas de la tercera edad es principalmente una responsabilidad del Estado, y debe centrar su atención en el conocimiento pleno sobre el tema del envejecimiento humano, dejando atrás la visión “asistencialista” que no cubre las necesidades e intereses de un im-

portante número de personas sanas mayores de 60 años y, por el contrario, fortalecer una educación para todas las edades. Esta educación debe orientar hacia la comprensión de que el aprendizaje es un proceso continuo y sin fin, intensificando acciones dirigidas a todos los niveles educativos, a través de la información.

Ahora bien, la educación dirigida específicamente a las personas de la tercera edad debe considerar modalidades formales y no formales, a distancia y presenciales; tomando en consideración que los métodos y contenidos se deben definir a partir de las realidades de vida de este sector de la

población, tomando en cuenta su contexto, cultura e historia de vida particular. Además se debe articular con los servicios que brinda el Estado, principalmente en materia de salud, seguridad social, asesoría legal y asistencia.

Se debe tener presente también que en nuestro continente muchas personas de la tercera edad no cuentan con ningún ingreso propio y esa situación los sume en la dependencia, la fragilidad, la pobreza y en caso extremo, la mendicidad. En países como México, y de acuerdo con datos del Consejo Nacional de Población, apenas 20% de los mayores de 60 años recibe un ingreso por jubilación y éstos, en su mayoría, son muy bajos. También se hace necesaria una revisión y flexibilización de los términos de la jubilación, especialmente en los casos en que ésta se hace obligatoria al cumplir cierta edad, sin tomar en cuenta las condiciones y preferencias del trabajador.

América Latina es el subcontinente más desigual del planeta. Ante esta realidad la inversión de la pirámide demográfica plantea grandes desafíos, pues la población de mayor edad previsiblemente quedará en mayor riesgo de abandono e indigencia, y por el comportamiento diferenciado por sexo, como vimos más arriba, la situación de las mujeres será todavía peor que la de los hombres. Urge, por tanto, un cambio en la orientación de las políticas públicas frente al envejecimiento que comience por atender la pauperización de capas cada vez mayores de la sociedad, y de los adultos mayores en particular. Esto tendría que ser atendido como un primer peldaño en la resignificación y revaloración de este grupo etario.



Lecturas sugeridas

BÉLANGER, PAUL Y ROSA M. FALGAS, 1997. La educación de adultos y las personas de edad. Tendencias y aspectos críticos, *Revista Educación de Adultos y Desarrollo*, núm. 49, Instituto de Cooperación Internacional de la Asociación Alemana para la Educación de Adultos, Alemania.

FAJARDO ORTIZ, GUILLERMO, 1995. *Tercera edad. Adulto mayor*, Conferencia Interamericana de Seguridad Social “El adulto mayor en América Latina. Sus necesidades y sus problemas médico-sociales”, Centro Interamericano de Estudios de Seguridad Social, México.

OSORIO, PAULINA, 2005. *Exclusión generacional: La tercera edad*, documento presentado en el seminario: “Las nuevas exclusiones en la complejidad social contemporánea”, programa de magister en antropología y desarrollo, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

e-mail: posorio@uchile.cl

PINA MORÁN, MARCELO, 2006. *Trabajo social gerontológico: Investigando y construyendo espacios de integración social para las personas mayores*. Ponencia presentada por el autor en el 33 Congreso Mundial de Escuelas de Trabajo Social, Chile. Esta ponencia se basa en el libro publicado por el autor *Gerontología social aplicada. Visiones estratégicas para el trabajo social* (2004), Ed. Espacio de Argentina.

Red Latinoamericana de Gerontología:

www.gerontologia.org

SÁEZ, NARCISO Y JOSÉ LUIS VEGA, 1989. *Acción socio-educativa en la tercera edad*, Ed. CEAC, Barcelona.

SUÁREZ, RUBÉN Y CLAUDIA PESCKETTO, 2005. “Sistemas de protección social para el adulto mayor en América Latina y el Caribe”, *Revista Panamericana de Salud Pública*, año 84, vol. 7, núms. 5 y 6, Washington, D.C.

e-mail: suarezru@paho.org

TAMER, NORMA, 1995. *El envejecimiento humano. Sus derivaciones pedagógicas*, colección INTERAMER 51, Organización de los Estados Americanos (OEA), Washington, EUA.

La solemnidad es el traje de etiqueta de la mediocridad.

Oscar Wilde, escritor, dramaturgo y poeta irlandés, 1854-1900.
